

EL VIEJO ORDENADOR

Como era como era y lo que era, no pudo resistir la tentación cuando volvió a ver a la tarde, junto a la batería de contenedores de basura, el viejo ordenador, abandonado con su panzuda pantalla. Paró su destartado coche, cargó y aceleró hacia su casa, ansioso por experimentar.

Su dormitorio podía calificarse así porque en él había una cama, pero desde el suelo hasta el techo estaba materialmente lleno, como el cuarto de un chino, de material informático.

Buscó entre decenas de cables, escogió los adecuados y trató de hacer funcionar el viejo ordenador, que durante más de una hora estuvo mudo y ciego.

Al fin, después de hurgar en el disco duro y con otra pantalla, funcionó bastante mal, con continuos apagones; como si cada pocos minutos se reiniciara por su cuenta.

Pero como un loco de la informática, como él, expertísimo con biografía autodidacta, tiene la paciencia de una salamanquesa cerca del mosquito y cientos de recursos, al fin consiguió rescatar algunos documentos: varias cuentas, unos escritos de comunidad de propietarios y una carta de amor. Como estaba en cursiva, podía dudarse si la misiva era

parte de una creación literaria o estuvo realmente destinada a la mujer amada. Él, que razonaba muy bien, al cabo de más rescates, se dijo que si no había más literatura en la memoria de aquel ordenador, la carta era verdadera.

Podía juzgarse que las exageraciones amorosas de la carta habían quedado anticuadas, pero pensó que aunque en público los jóvenes amantes de hoy se hablan a lo canalla, a solas y por escrito usan los mismos embelesos del siempre.

En la carta había toda clase de admiraciones y buenos adjetivos calificativos, tanto para el cuerpo de la mujer, que el autor calificaba de perfecto, como del alma, igualmente cargada de virtudes.

Cuando el loco de la informática rescató toda la carta y la imprimió, volvió a leerla con detención, y se puso a imaginar que sería hoy, más o menos treinta años después de haber sido escrita la carta, del autor y de la destinataria.

Imaginó muchas historias, pero era imposible que ni siquiera se acercara a la verdadera: el autor, con sesenta y cinco años de edad, un mes antes del abandono del ordenador, había apuñalado a su pareja. Había sido el asesinato machista número 37 del año.

CUÑA: Encarezco a mis lectores que no hayan adquirido mi libro

MEMORIAS EN EL UMBRAL DE LA DESMEMORIA, cuyas

características aparecen en la sección de bibliografía de esta página, que se hagan de él, bien encontrándolo o encargándolo en su librería habitual, bien pidiéndolo directamente a la editorial. Puede que les guste, especialmente por los personajes, ocasiones, sucesos y lugares relevantes que en él aparecen, y que ayudan a conocer, y quizá comprender, a quienes vivimos las décadas de la guerra civil y las siguientes hasta hoy, en una capital de provincias y en España toda. Y lo que esas décadas han sido. Si lo adquieres lector, léelo y consévalo con cariño, el mismo que yo te tengo; y recoméndalo.